

"EL OCCIDENTAL"

Diario de Guadalajara, Jal.

Septiembre-Octubre 1943.

"EXTRAÑAS PAGINAS DE LA HISTORIA"

Por el General IGNACIO A. RICHKARDAY.

Miércoles 10. de Septiembre de 1943.

EXTRAÑAS PAGINAS DE LA HISTORIA.

Por el General IGNACIO A. RICHKARDAY.

PRIMERA PARTE

La Historia, si se escribe apresuradamente, sin esa dosis de serenidad indispensable para juzgar los acontecimientos y sin haberse documentado con la mayor amplitud, se convierte en foco de falsedades y desorientaciones, cuando debiera ser precisamente lo contrario.

Por eso es que la Historia de la Revolución Mexicana, - en la mayoría de sus aspectos, no puede escribirse todavía - con la exactitud e imparcialidad inherentes a una obra de tanta importancia, especialmente por cuanto se relaciona con aquellos sucesos que, derivados de su iniciación como lógica consecuencia de ella, se han venido encadenando hasta nuestros días con la intervención de muchos de los hombres que - comenzaron la gloriosa jornada en las postrimerías de aquel inolvidable mil novecientos diez.....

A pesar de los años transcurridos y de la serenidad que la experiencia ha dejado en los actores de ese terrible drama de nuestras sangrientas conmociones intestinas, aún no se pueden borrar por completo las diferencias partidaristas de antaño, como no se pueden apagar tampoco los odios y resentimientos que la lucha fué dejando, a través de sus distintas etapas, en el amargado corazón de los vencidos.

Sin embargo, viviendo como viven hasta hoy muchos de los protagonistas de tan ruidosos acontecimientos, pueden recopilarse interesantes informaciones que más tarde sirvan de - - orientación exacta a quienes se echen a cuestras la complicada tarea de escribir la historia de nuestro turbulento país. Además, se facilita la depuración de datos porque existiendo la controversia, vienen las rectificaciones indispensables que - al final dejan diáfananamente claros los hechos de que se trate. Y para ésto, nadie mejor que los propios actores y testigos - oculares de tan singulares sucesos.

No por mal entendida modestia ni mucho menos por vanidoso espíritu de ostentación, debemos alejarnos de esta tarea - o de entregarnos a ella, quienes tuvimos la oportunidad de -- participar o de seguir de cerca, algunos de los muchísimos -- pasajes de la vida política y militar de México. Por el contrario, es indispensable que los entreguemos al dominio público porque tal vez, muchos de ellos, constituyen la clave que venga a descifrar muchos misterios de la Historia.

Así es como en esta ocasión, con la franqueza que siempre ha normado mi vida, vengo a cumplir esa obligación, entregando a los amantes de las especulaciones históricas, estas páginas desconocidas y extrañas.

LA REBELION DE GOMEZ Y SERRANO.

Cuando al expirar el período presidencial del General - Plutarco Elías Calles pensaba sucederlo en el Poder el General Alvaro Obregón después de una campaña política iniciada en Sonora, un enorme molestar se hizo sentir en el país a -- causa de la reelección del segundo de estos caudillos estando fresca aún la tinta con que se escribiera, en la bandera de la Revolución Maderista, el célebre precepto democrático que tan pronto quería violarse: SUFRAGIO EFECTIVO. NO REELECION.

Injustificado como era el procedimiento, los incondicionales de ayer, con una impudicia rayana en la abyección, trataron de justificar aquella claudicación del ambicioso Manco, por medio de burdas reformas al artículo constitucional que abiertamente condenaba el intento reeleccionista; pero, con todo y la cameral disculpa elaborada en el mismo seno de la Representación Nacional, el país no quiso aceptar que en forma tan fácil se regresara a los procedimientos Porfiristas -- que acababan de combatirse.

Y surgieron dos candidatos antagónicos al hombre de Sonora y enemigos de la tesis reeleccionista: los Generales -- Francisco Serrano y Arnulfo R. Gómez, divisionarios los dos y de gran prestancia en el mundillo político de la época.

De más talento, con mayores simpatías y aptitudes Serrano que Gómez, fácilmente pudo atraerse las voluntades; pero muy particularmente la del Ejército entre cuyos miembros era de veras estimado. Había la circunstancia especial de que, habiendo sido hechura del General Obregón no podía atreverse a iniciar una campaña política sin su consentimiento; y como al principio de la agitación respectiva para la sucesión presidencial la actitud de su Jefe empezaba a trascender con -- acentuado rumor, se resolvió a hacer un viaje a Sonora tanto para pedir la venia correspondiente, como para aclarar debidamente el punto.

Como lo pensó lo hizo. Agregó su carro especial al tren Nocturno a Guadalajara para de allí seguir a la tierra del -- Plan de Agua Prieta y entrevistarse con el astuto mutilado de Santa Ana del Conde; y sin avisar más que a un reducido número de sus amigos íntimos, abandonó sus habituales actividades en el Departamento Central que entonces era a su cuidado, y -- emprendió la marcha directamente hacia su objetivo.

Por aquellos tiempos -principios de 1926- el General Joaquín Amaro, Secretario de Guerra y Marina, se encontraba en -- Ocotlán haciendo un estudio de la situación que en Jalisco -- comenzaba a crear el conflicto religioso provocado por la in-

transigencia del Presidente Calles, y como yo fungía como -- Secretario Particular, abandoné la Capital de la República cinco días después que él para reunirmele tras de haber sostenido una extensa plática en mi despacho con el General Arnulfo R. Gómez y en la que con toda franqueza, me confesó su determinación de lanzarse a la lucha política a sabiendas -- de los grandes escollos con que iba a tropezar si el General Obregón se resolvía a participar en ella.

-¿ Y tiene usted confianza en el triunfo?- le interrogué.

- "Absoluta, - me contestó-, porque el pueblo mexicano ya no acepta imposiciones y mucho menos reelecciones. Obregón -- lo sabe bien puesto que al error de Carranza tratando de imponer a Bonillas, fué a lo que debió su llegada a la Presidencia; y no creo que ahora, con esa enseñanza, se atreva a dar paso tan delicado como el que se rumora porque sería una claydicación que acabaría con él. Sin embargo, ¡La política tiene tantas complicaciones!"

Como sabía que esa noche saldría para Ocotlán, me recomendó refiriera al General Amaro toda nuestra larga conversación, cosa que hice con la mayor fidelidad posible al día siguiente, de tal manera que cuando llegó el General Serrano a saludar al Ministro de la Guerra a su paso para Sonora y referirle el objeto de su viaje, fué para él una sorpresa saber -- que el General Gómez sería también un competidor puesto que -- tenía casi la certeza de que no aceptaría su candidatura.

Para confirmar la noticia, el General Amaro me invitó a participar en la plática y allí, en los andenes mismos de la estación, repetí nuevamente mi entrevista, haciendo notar, -- cuando me lo preguntaron, que el General Gómez no había hecho durante ella, la más pequeña alusión al General Serrano quizá porque a su vez tampoco creía que se lanzara.

Nos despedimos. y ocho días después regresaba el viajero de Sonora bastante satisfecho del cambio de impresiones -- que había tenido con su Jefe, quien, según nos manifestó, estaba resuelto a permanecer alejado por completo de toda actividad política. En esas condiciones y a su manera de pensar y habiéndole comunicado su propósito de figurar como candidato en las próximas elecciones, iniciaría sus trabajos tan -- pronto como llegara a México; y si el General Gómez insistía -- en lanzarse, no sería ningún problema porque tenía la seguridad absoluta de derrotarlo.

En efecto, poco tiempo después se iniciaba la campaña -- Serranista en medio de enormes simpatías, hijas de un extraordinario don de gentes y también, de la creencia que muchos -- tenían en el sentido de que el General Obregón lo apoyaría -- dada la gran estimación que le profesaba. Pero luego surgió Don Arnulfo con la suya y allá van, con manifiestos y propaganda mural por pueblos y ciudades tratando de conquistar -- adeptos.

Y cuando menos se lo esperaban, cuando más seguridad tenían de que solos llegarían al final, tercia el General Obregón con asombro de Tirios y Troyanos.

A pesar de lo inusitado de aquel paso claudicante y peligroso, el famoso vencedor de Celaya contaba con numerosísimos partidarios dentro y fuera del Ejército tal vez a causa de su indiscutible personalidad, de su incontenible fuerza -- de arrastre y su extraordinaria facilidad para manejar a los hombres como hábil conocedor del medio político en que vivía.

A eso se debió que todos aquellos que cautelosamente habían andado coqueteando con los otros candidatos se definirían de pronto haciendo profesión de fé Obregonistas y listos para actuar en primera fila. Hasta muchos de los Serrano-Gomistas, cuando vieron que la "cargada" estaba del otro lado, no tuvieron escrúpulo en desertar a tiempo convencidos de que ninguno de los dos aspirantes a la Presidencia podría resistir al vigoroso empuje del caudillo cuyas glorias militares -- frescas estaban aún en la conciencia popular.

Ante aquella situación creada así, de improviso, Gómez y Serrano se desconcertaron hasta el punto de pensar en retirarse de la lucha, pero sus partidarios, entre quienes se encontraban todos los sectores de la oposición, les exigieron -- continuar en ella a pesar de cuanto pudiera suceder.

Uno y otro comprendieron lo delicado del problema que -- se les venía encima y por instinto de conservación más que por compañerismo, tuvieron un acercamiento que culminó con aquella célebre convención en el desaparecido Tiboli del Eliseo donde abiertamente rompieron lanzas con el General Obregón a quien -- atacaron en forma desconsiderada y soez.

De allí en adelante se generalizó la lucha en forma desigual y enconada. El General Gómez en Puebla, durante su discurso de propaganda, ofreció "sepultar a sus enemigos a dos -- metros bajo tierra", mientras Serrano, olvidando favores y consideraciones de antaño, insultaba públicamente a su antiguo -- protector y amigo. Total, un verdadero maratón de ingratitudes y desahogos.

La marea fué subiendo, y las elecciones se acercaban, -- la campaña presidencial estaba en todo su apogeo y el país ardía como una inmensa hoguera de odios y pasiones. La maquinaria oficial, pesada y fuerte, se movía por doquier dispuesta -- a aplastar cuanto se atravesara en su camino con tal de vencer una vez más. La hora de la derrota para los ilusos candidatos de la Oposición, no tardaría en sonar.

¿Qué hacer entonces? Recurrir al gastado procedimiento -- de marras tan explotado en México; fomentar una rebelión armada para adueñarse del Poder por medio de la fuerza.

Y comenzaron los preparativos bélicos entre los descontentos civiles, secundados por algunos militares que no vacilaron en faltar a su deber.

"EL OCCIDENTAL" DIARIO
DE GUADALAJARA, JAL.

Lunes 6 de Septiembre de 1943.

LA REBELION SERRANO-GOMISTA

Por el General IGNACIO A. RICHKARDAY.

SEGUNDA PARTE

Convencidos los dos candidatos de que cualquier esfuerzo para llegar por el camino de la legalidad a la meta de sus aspiraciones sería inútil mientras la familia oficial tuviera interés en apoyar al General Obregón, comenzaron a externar su descontento primero ante sus íntimos y luego ante propios y extraños, para encender la hoguera de aquella insurrección con que creían resolver su problema.

Aprovechando sus relaciones e influencia, Gómez y Serrano enviaron delegados a diferentes partes del territorio nacional con la consigna de fomentar el descontento de las masas populares y de hacer prosélitos entre algunos gobernadores, jefes de operaciones militares y jefes de corporaciones en el Ejército -- que fácilmente pudieran prestarse a secundar aquella delictuosa maniobra atraídas por el interés de una magnífica recompensa.

Aún cuando no era ningún secreto para nadie el propósito rebelde de los opositoristas, la Secretaría de Guerra mandó -- investigar por su cuenta lo que hubiera de verdad en tan escabroso asunto, logrando confirmar a poco tiempo y sin mucho esfuerzo, que era absolutamente cierto cuanto se venía diciendo -- sobre el particular.

Y como nunca faltan traidores, espías e individuos de baja estofa dispuestos a cualquier infamia con tal de ganar unas monedas o afianzar una posición, pronto se llenó el despacho -- del Ministro con la presencia de estos tipos para hacer circunscrito relato de cuanto sabían. Así fué como al cabo de cierto tiempo, eran vigilados uno a uno para evitar la sorpresa con que pensaban obsequiar al gobierno.

El principal núcleo de los conspiradores radicaba en la -- misma Capital de la República encabezado por el Divisionario -- Eugenio Martínez, Comandante Militar de la Plaza, por su Jefe -- de Estado Mayor el Brigadier Héctor Ignacio Almada y algunos -- otros Comandantes de corporaciones en el Valle de México cuyos nombres fueron de sobra conocidos para volverlos a citar en esta ocasión y muchos de los cuales, como Rueda Quijano, Oscar -- Aguilar, etc. fueron fusilados sin piedad alguna.

Las actividades desplegadas por ellos y por los principales directores civiles de la campaña política, eran a tal extremo ostensibles, que no era indispensable el más mínimo esfuerzo para imaginar el resultado de ellas, ya que hasta en el mismo Café Colón, entonces principal centro de reunión de políticos y mili-

tares, se verificaban juntas al calor de las copas se abordaban los problemas electorales en forma por demás indiscreta.

En estas circunstancias, el General Amaro, celoso guardián del decoro militar, trató de disuadir, en forma habilísima, a -- muchos de los comprometidos en el movimiento, contándose entre -- ellos al propio Divisionario Martínez con quien sostuvo una larga plática altamente reveladora que culminó con el compromiso de salir del país rumbo al extranjero para salvarse a tiempo del -- deshonor y la vergüenza que le amenazaban si seguía prestándose a las maquinaciones de los desafectos al régimen.

De aquella plática dependió quizá, que la rebelión se hubiera precipitado tal vez porque los innodados creyeron que Don Eugenio los había denunciado, o bien porque él mismo así lo sugiriera en vista del compromiso que acababa de contraer y de la estricta vigilancia que se ejercía sobre todos sus pasos para evitar que lo violara. El hecho fué que, de ahí para adelante, los rumores acerca del proyectado movimiento se acentuaran con el -- consiguiente aceleramiento en preparativos tanto para realizarlo cuanto para combatirlo o hacerlo abortar si era posible.

La noticia de la salida del General Martínez rumbo al extranjero en aquellos momentos tan importantes, desconcertó a los Serrano-Gomistas por lo inesperado del acontecimiento. Y aún -- cuando Don Eugenio ya estaba viejo y en plena decadencia, todavía conservaba magnífico prestigio militar que sus amigos pensaban aprovechar para inspirar confianza a cuantos se hallaban dispuestos a empuñar las armas.

Siempre ha sido la personalidad de los caudillos uno de -- los factores más decisivos en el triunfo de asuntos de esta naturaleza; y como en el caso que estamos refiriendo, la enorme figura de Obregón se alzaba majestuosa sobre todas, era preciso enfrentarla aunque fueran figuras secundarias, pero de limpia ejecutoria, que despertaran positivo interés en el pueblo evitando que desde un principio, por falta de ellas, dudara del éxito -- de la arriesgada empresa.

Fresco estaba aún en la memoria popular el desgraciado suceso rebelde de 1923 en que, precisamente por ausencia de un Jefe de auténtico prestigio fracasó en forma desastrosa, pues ni -- Don Adolfo de la Huerta, ni el General Estrada ni Guadalupe Sánchez, tenían la fuerza de arrastre capaz de contener la arrolladora preponderancia que el inteligente Manco de Celaya ejercía -- sobre tropas y populacho.

Por ese motivo, desde entonces se sintieron derrotados, -- máxime cuando gran parte de los jefes militares comprometidos -- se negaron a secundar la trágica odisea en cuanto se percataron de que el veterano superviviente de las Guerras de Reforma se en camino tranquilamente hacia el exilio.

Don Eugenio, decían, es una garantía para el movimiento; -- pero sin él estamos perdidos porque ni Gómez ni Serrano tienen -- las suficientes hechuras para hacernos triunfar.

Este delicado problema que inesperadamente se había planteado de los descontentos y que oportunamente fuera conocido por la Secretaría de Guerra, hizo que el General Amaro, titular de ella, consultara con los Generales Obregón y Calles sobre la conveniencia de hacer abortar la rebelión aprehendiendo a sus principales directores, pero tanto uno como el otro se negaron insistiendo en que debía llegarse hasta el final seguros como estaban de su fuerza.

Como no concedieron nunca mayor importancia a los belicosos impulsos de sus antiguos favoritos a quienes conocían mejor que sus propios padres, daban la impresión de considerar aquel instante como mero pasatiempo o divertido juego entre un ratón y un gato que se complace en corretear a su víctima antes de darse el inmenso placer de devorarla.

Además como el General Amaro había tenido el cuidado de colocar al frente de las Jefaturas de Operaciones, regimientos y batallones a elementos de su absoluta confianza estaban seguros de que la mayoría sabrían permanecer leales al gobierno constituido y listos para arrojarse como perros de presa sobre los ilusos insurrectos.

Con esa base de seguridad dejaron que las cosas siguieran su curso normal, pero un buen día las noticias subieron de punto acercándose más a la realidad. Se había dispuesto que con tropas pertenecientes a la guarnición y con algunas corporaciones del Valle, se hicieran unas maniobras en los campos de Balhuena para demostrar al pueblo el adelanto obtenido por el Ejército en el poco tiempo que el General Amaro llevaba de organizarlo. Estas se sujetarían a un programa confeccionado de antemano por el propio Ministro de la Guerra, y por primera vez demostrarían sus habilidades todas las armas combinadas incluyendo a la Aviación, en vuelos y bombardeos nocturnos de gran espectacularidad.

El festejo debía desarrollarse mitad en las últimas horas de la tarde y mitad en las primeras de la noche, a fin de que diera los resultados apetecidos y el público pudiera apreciar la extraordinaria pericia de nuestros atrevidos aviadores que siempre se han caracterizado por su temerario arrojo a pesar de volar, como entonces, en desvencijadas arañas llenas de fallas y remiendos.

Pues bien, esa fecha sería la escogida para dar el golpe proyectado de esta manera: aprovechando la circunstancia de las famosas maniobras, cuya organización había dejado intencionalmente el General Amaro en manos del Brigadier Héctor Ignacio Almada, se invitaría a ellas al Presidente Calles, al Presidente electo y al Secretario de la Guerra quienes ocuparían la tribuna de honor para presenciárselas. Entonces, cuando ya estuvieran los tres despreocupadamente instalados contemplando el espectáculo, fuerzas adictas a la rebelión procederían a aprehenderlos y fusilarlos en el acto como iniciación del movimiento. Después de este golpe audaz, exhibirían los cadáveres de tan elevados personajes para impresionar al pueblo y al ejército haciendo que todos sus jefes se adhirieran al nuevo orden al conocer la noticia de aquellas muertes y de que la Capital de la República estaba ya en poder de los Serrano-Gomistas.

Mientras esos acontecimientos se desarrollaran en la forma indicada, en México se asaltaría al Palacio Nacional, el Castillo de Chapultepec, y la Prisión Militar de Santiago Tlaltelolco y el Cuartel del 10. de Artillería entonces a las órdenes del Coronel Nazario Medina, prototipo de lealtad a las instituciones y pundonor militar, a quien los rebeldes desconfiaban tanto por sus antecedentes de insospechable rectitud, cuanto por la amistad que lo ligaba con el General Amaro bajo cuyas órdenes sirviera -- a la Patria muchos años como Sub-Jefe del Estado Mayor en aquella inolvidable Tercera División base y ejemplo del actual Ejército.

Además, ese mismo día por la tarde se embarcaría Don Eugenio Martínez en un tren especial rumbo a los Estados Unidos, pero al llegar a Tlalnepantla abandonaría el convoy para regresar a -- México seguido de algunas tropas adictas que ya le esperaban por aquellos lugares listas para el ataque. Aquí cabría señalar con índice de fuego los nombres de todos aquellos traidores que escurriendo el bulto a tiempo supieron sorprender al gobierno hasta -- el punto de ocupar en la actualidad magníficos puestos en la Ad-- ministración, pero prefiero callarlos (mientras sea necesario) pa-- ra no echar más lodo sobre las ya manchadas páginas de la Histo-- ria, porque ellos, en sí, como hechos de fango no significan nada.

Sin embargo de tan alarmantes informaciones que oportuna-- mente llegaban a las citadas autoridades de la Nación, éstas no -- querían tomarlas en serio por las razones ya expuestas; pero hu-- bieron de convencerse hasta la evidencia, cuando el General Amaro les refirió lo que en seguida paso a detallar.

Establecida desde hacía tiempo la invariable costumbre de jugar pelota todos los domingos y días festivos en el Frontón de la Hormiga, residencia entonces del Secretario de la Guerra, des-- de las ocho de la mañana nos reuníamos varios aficionados a este deporte para verificar movidos eventos que casi siempre termina-- ban hasta después de mediodía. Pues bien; el domingo aquel en -- que deberían desarrollarse las maniobras, como de costumbre nos encontrábamos en la cancha, cuando a las nueve horas llegó el -- General Claudio Fox pidiendo hablar a solas con el Ministro.

Lunes 13 de septiembre de 1943.

LA REBELION SERRANO-GOMISTA.

Por el General IGNACIO A. RICHKARDAY.

TERCERA PARTE

Suspendido el encuentro de frontennis por la llegada de Fox, los dos generales se perdieron bajo los árboles que adornaban el jardín de la suntuosa mansión, para hablar con toda libertad sobre los acontecimientos del día plenamente aclarados ya -- por el servicio secreto del Gobierno Callista y que en esos momentos venía a confirmar el General Claudio Fox en todas sus partes.

Había la circunstancia de que, siendo éste un amigo íntimo tanto de Serrano como de Gómez, cada vez que aquellos trataban en su presencia el asunto electoral lo hacían con absoluta libertad dada la confianza que le tenían, permitiéndole así enterarse de muchos asuntos importantísimos, entre otros el de la fecha y hora exactas en que estallaría la sublevación.

Y como ni los candidatos ni sus partidarios se detenían -- ante nada para expresar su descontento, no era pues un secreto -- para nadie que la rebelión no tardaría en estallar. Por eso nada tenía de extraño que un paisano, amigo de la juventud, viejo compañero de armas, como era el entonces Jefe de Operaciones Militares en el Estado de Guerrero, General Fox, estuviera tan bien enterado de todos sus planes.

Además, como siempre había recibido numerosas atenciones -- tanto de Obregón como de Calles y Amaro, se sentía sinceramente -- vinculado a ellos y al régimen constitucional que sostenían, -- colocándolo por encima de cualquier nexo de amistad y compañerismo. Así fué como, tan pronto comprobó la veracidad de las alarmantes versiones que desde temprana hora comenzaron a circular -- por la ciudad, se encaminó a ver al General Amaro para decirle -- que esa misma noche, después de las famosas maniobras de Balbuena se sublevarían las tropas de la guarnición encabezadas por el General Héctor Ignacio Almada, agregando que por ningún motivo -- deberían ir a presidir el festival ninguno de los tres personajes arriba mencionados porque ya los rebeldes les tenían condenados a muerte.

Como justa aclaración a muchos conceptos que equivocadamente y en forma dolosa se han vertido en contra del General Fox, -- cabe advertir que éste, precisamente por la amistad que lo ligaba con los jefes del movimiento, fué comisionado por el Secretario -- de la Guerra para disuadirlos de su intento, cosa que jamás pudo lograr a pesar de cuanto puso de su parte.

Pues bien; cuando hubieron terminado de hablar, el General Amaro me llamó para darme órdenes en el sentido de reunir inmediatamente a los miembros de su Estado Mayor y comisionarlos en los cuarteles donde estaban alojadas las tropas comprometidas para -- vigilar todos sus movimientos, comenzando por el de Tacubaya, albergue del 3er. Regimiento de Artillería bajo el mando del General Carlos Rodríguez Malpica.

El Mayor Samuel Urbina fué el encargado de observar las actividades de esta Corporación, en tanto que los Capitanes Luis -- Alamillo Flores, Armando Barriguete y Porfirio Rojas se dirigieron con el mismo objeto hacia los cuarteles de la Piedad, la Ciudadela, la Escuela de Tiro, etc., mientras el Coronel Hilario Marroquín, -- Comandante del Regimiento Escolta, acuartelado en la propia Hormiga, extremaba la vigilancia por el Bosque de Chapultepec, el Molino del Rey, Tacuba y demás contornos a fin de evitar una sorpresa.

Además de estas disposiciones tendientes a garantizar la -- tranquilidad pública, se mandó también llamar al General Almada -- so pretexto de que informara tanto acerca de la salida del General Martínez que debería verificarse ese mismo domingo en la tarde, -- como sobre las condiciones en que se encontraban todos los elementos que iban a participar en las maniobras, pero por más esfuerzos que hicieron los encargados de buscarlos, no pudieron conseguirlo hasta las cuatro de la tarde.

Y mientras yo transmitía las órdenes de mi jefe a diferen-- tes personas, éste se dirigía a entrevistar a los Generales Obre-- gón y Calles para darles cuenta de todo lo que acababa de saber -- y de las medidas que había tomado para proteger los intereses del Supremo Gobierno.

Cuando regresó, ya cerca de las dos de la tarde, el Mayor -- Samuel Urbina me había rendido parte de las novedades encontradas en el Cuartel de Tacubaya, que en seguida hice de su conocimiento, asegurándole que el regimiento de artillería comandado por Rodrí-- guez Malpica se estaba preparando no para las maniobras, sino para abandonar la ciudad con rumbo desconocido, porque así lo había podido comprobar el Mayor Urbina valiéndose de su amistad con algunos viejos soldados y particularmente con algunas "comideras" que no vacilaron en referirle todo cuanto sabían.

Idénticos informes dieron después los oficiales comisionados para observar los movimientos de las tropas que iban a tomar parte en las maniobras, llegando a la conclusión de que todas ellas ha-- cían preparativos de marcha. Sin embargo, todavía no se quiso -- aprehender a nadie para no aumentar la intranquilidad imperante, -- prefiriendo dejar que las cosas llegaran hasta el final para entonces proceder a castigar a los culpables con toda energía y justifi-- cación.

Con aquellas informaciones cada vez más exactas, el activo -- Secretario de Guerra puso inmediatamente en juego todos sus recur-- sos para ahogar en su propia cuna aquel intento rebelde. Giró órde-- nes a los Comandantes de Zonas, regimientos, batallones, etc., y -- pidió los partes de novedades del día, conferenció con varios jefes de su absoluta confianza, y aún cuando jamás creyó que aquella in-- tentona pudiera alcanzar las proporciones que los alarmistas, sospe

chaban, se puso a la defensiva con serenidad y energía en él -- características.

Después de una comida toda tranquilidad y buen humor, me invitó a recorrer en su coche Lincoln todos los cuarteles de la Ciudad, el campo de Balbuena y la Estación Colonia donde ya se había comenzado a formar el tren en que horas más tarde habría de salir para los Estados Unidos el General Eugenio Martínez. Y cuando nos disponíamos a abandonar esta última, vimos llegar el coche del General Almada que apresuradamente se acercó junto al nuestro. Descendió, y al llegar donde nosotros, el General Amaro abrió la portezuela invitándolo a pasar, pero áquel se detuvo en ella poniendo solamente un pié en el estribo. En esta posición se disculpó de no haber acudido al llamado que se le hizo desde en la mañana a causa de haber estado arreglando algunos -- asuntos de la guarnición, explicando, a la vez, que todo estaba listo para las maniobras y también para la salida del General -- Martínez.

Un tanto nervioso quizá porque ya se había dado cuenta de que todo estaba descubierto, miraba con marcado recelo el piso del coche donde fuera de sus fundas y listas para disparar, se encontraban dos sub-ametralladoras Thomson; pero controlando su inquietud, aunque no el color de su semblante, siguió contestando todas las preguntas que se le hicieron, hasta que el Secretario de la Guerra, con su seriedad habitual, dió por terminada -- la conversación prometiéndole que oportunamente estaría en Balbuena para presidir las maniobras.

-Si como anda este de asustado están todos los demás, jefes de la asonada, -comentó Don Joaquín,- ya podemos estar seguros de su derrota. En fin, ya veremos lo que sucede.

Para matar el tiempo seguimos visitando la ciudad y -- mientras la recorriamos por diferentes sitios para tener una impresión exacta de su estado de ánimo, comentábamos en distintas formas el descabellado propósito de aquel grupo intoxicado ya -- por el veneno de la ambición y la deslealtad.

- "Es lamentable, me dijo, que hombres como estos cuya carrera y posición se deben totalmente a la bondad de mi General -- Obregón, se vuelvan contra él inspirados por una mala idea. Buenos o malos, han sido revolucionarios, pertenecen a la revolución y no es justo que la traicionen ni tampoco que se presten a servir de bandera a los opositores del régimen a quienes nada importa ni su deshonra ni su sacrificio porque como no tienen nada -- que perder, están dispuestos a todo. Da tristeza ver como estas gentes, que se decían inteligentes y capaces, lleguen a tales extremos alentados no por un ideal generoso como lo pregonan, sino por sus inmoderadas ambiciones. Bien sabemos que todo lo tenían comodidades, consideraciones, honores y riquezas -- pero envanecidos por el fácil éxito de su vida, llegaron a creer, ofuscados -- por el brillo de su fortuna, que todo lo habían alcanzado por su propio valer y no por el cariño y la bondad de un hombre que los veía como hijos. Todo eso prueba que nunca fueron sinceros ni -- con su protector, ni con sus convicciones, puesto que sacrifican hasta los más elementales principios de gratitud y dignidad en --

aras de una ambición mezquina de poder y grandeza. Así pues, si fracasan como lo espero, a nadie más que a ellos mismos tendrán que culpar de su derrota y ya que se han puesto en este peligroso camino, que tengan por lo menos el valor necesario de llegar hasta el fin para dar a la revolución una oportunidad de seguir depurando sus elementos."

Como la hora de la salida del tren se acercaba, nos encaminamos de nuevo a la estación Colonia para despedirnos de Don Eugenio. Eran las seis de la tarde. Toda ella se encontraba repleta de militares de todas jerarquías que habían ido a despedir al viejo soldado. Preguntamos si ya estaba allí el distinguido viajero objeto de tales demostraciones de simpatía; y habiéndolo confirmado, descendimos del coche penetrando resueltamente a la estación enteramente solos.

Al vernos atravesar los andenes, el numerosísimo grupo -- de jefes y oficiales en ellos congregados, respetuosamente se colocaron en dos filas para dar paso al Ministro que, con paso firme y arrogante mirada, llegó hasta el estribo del carro especial donde el General Martínez se encontraba parado conversando con algunos amigos.

Nadie esperaba aquella visita y aún cuando todos conocían el valeroso temple del General Amaro, no dejó de ser una sorpresa su presencia en aquellos difíciles momentos solo acompañado -- por mí, sin su Estado Mayor, y vestidos con traje civil desprovistos de arreos y por consiguiente de armas.

Pero la sola figura del austero soldado de Zacatecas imponía respeto y temor, además aquel gesto de audacia revelador de la poca importancia que daba a sus enemigos, produjo entre ellos enorme desconcierto imponiéndoles realizar cualquier atentado -- contra su vida si así lo tenían proyectado.

Lunes 20 de septiembre de 1943.

LA REBELION SERRANO-GOMISTA.

Por el General IGNACIO A. RICHKARDAY.

CUARTA PARTE

Don Eugenio mismo no salía de su asombro, máxime cuando la visita fué solo de unos cuantos segundos durante los que se cambiaron estas breves frases.

-He venido, mi general, solamente para despedirme de usted y decirle que aquí deja un amigo de verdad dispuesto a servirle en todo lo que pueda. Si durante su ausencia se le ofrece algo para su familia o para el cuidado de sus intereses, dígame lo con absoluta confianza, seguro de que atenderé con gusto sus deseos.

-Gracias, mi General. Ya he dejado una persona que se encargue de todo y si usted tiene algo que ordenar, yo también estoy en la mejor disposición de complacerlo.

-Bueno, mi general, que tenga usted un feliz viaje.

-Hasta luego mi general. Y se abrazaron emocionados, despidiéndose con un estrecho abrazo, para siempre.

Al abandonar los andenes de la estación en medio del grave silencio de los militares que saludan marcialmente se adivinaba en el rostro del austero Ministro de la Guerra la profunda impresión que aquella despedida le había causado. Y no pudiendo contenerse, al salir al patio general para abordar otra vez el auto, llamó al Capitán Luis Alamillo que en esos momentos llegaba, para decirle fuera a ver a Don Eugenio y lo disculpara por su brevedad, en atención al hondo afecto que tal acto le causaba. ¿Sería que tal vez ya presentía que no volvería a ver a su viejo amigo, o que sinceramente lamentaba fuera a cometer el error de sublevarse? -Quien lo sabe, pues nunca llegué a aclararlo.

De cualquier modo y aún cuando el bravo viajero había empeñado su palabra de honor de que se iría directamente al extranjero, las circunstancias no estaban para confiar demasiado en ella, dada la frecuencia con que muchos hombres de insuspechable honradez habían faltado quebrantándola sin ningún escrúpulo. Por eso, so pretexto de atender el avituallamiento del coche especial en que viajaba Don Eugenio y hacer funciones de intendente, se comisionó al Teniente Coronel de Infantería Gregorio A. Velázquez, Sub-Jefe de la Sección de Ferrocarriles en la Secretaría de Guerra a efecto de que periódicamente, por la vía telegráfica, fuera informando en clave la actitud del distinguido viajero.

Nadie sospechaba de él, porque además de ser un hombre ya de edad avanzada, serio y juicioso, era ministro del culto evangelista, que al parecer solo se ocupaba de la Biblia sin poner la más mínima atención en los asuntos políticos del momento que ni por equivocación comentaba. Por lo contrario, inspiraba respeto y por consiguiente absoluta confianza.

Ya hemos dicho que las noticias recogidas en México eran en el sentido de que el General Martínez al llegar a Tlalnepan-tla, dejaría el convoy para unirse al regimiento que allí comandaba el General Miguel Z. Martínez, con quien avanzaría hacia la capital para atacarla simultáneamente con los conspiradores, pero al llegar a dicha estación ni siquiera se asomó a la ventanilla de su carro, según informó el Teniente Coronel Velázquez, -- continuando su viaje a la frontera sin contratiempo alguno. Además justo es aclararlo, el General Miguel Z. Martínez fué de los primeros en protestar su lealtad al gobierno en cuanto se enteró de la asonada, acudiendo al Castillo de Chapultepec a recibir -- órdenes la misma noche del 3 de octubre de 1927 en que aquella se consumó.

Entretanto el ex-Jefe de la Guarnición de la Plaza de México caminaba tranquilamente al extranjero, de donde no habría de regresar jamás, en la Capital del Virreinato se desarrollaban acontecimientos de suma importancia.

Al dejar la Estación de los Ferrocarriles, nos encaminamos el General Amaro y yo hacia el Castillo de Chapultepec para ver al señor Presidente y al General Obregón con objeto de concertar la cita para acudir a las famosas maniobras de Balbuena, pero ni allí ni en la casa que habitaba el Caudillo de Celaya pudimos encontrarlos.

Regresamos a la Hormiga para enterarnos de las últimas -- novedades y dictar las medidas pertinentes, encontrándonos con un recado por la vía telefónica que habían enviado los personajes arriba citados, manifestando que no podrían presidir las maniobras. Entonces el General Amaro se quedó un instante pensativo, se encerró en su despacho un momento, habló por teléfono a varias partes y en seguida salió con un marcado sello de resolución en su semblante.

-Hay que jugar bien nuestra carta, - me dijo-. Vamos a Balbuena, no importa lo que suceda. Ordene usted que el Estado Mayor se incorpore a la tribuna central y en el coche solo iremos usted, el Oficial de Guardia, que lo era el Capitán Porfirio Rojas, el -- Chofer, Capitán José Hidalgo, y yo. Todos vestiremos de civiles -- y como hace frío, llevaremos abrigos para ocultar mejor nuestras -- armas, haciéndonos menos notables.

Y emprendimos el viaje donde decían se iba a consumir el -- criminal atentado.

Cuando llegamos ya empezaba a obscurecer y era tal la cantidad de público que ocupaba las tribunas y los terrenos cercanos, -- que materialmente no se podía dar un paso, mucho menos caminar en

coche. Sin embargo, pudo el nuestro llegar hasta la espalda de la tribuna central, destinada como sitio de honor para la familia oficial. Antes de bajar, el General Amaro ordenó al Capitán Hidalgo que virara el auto para facilitar la salida en un momento dado, pero a pesar de haberlo conseguido con no pocos trabajos, a poco tiempo ya estaba completamente bloqueado por la enorme cantidad de vehículos que se habían estacionado en los terrenos limítrofes.

Por la estrecha escalera que conducía a la tribuna -improvisado templete de vigas y tablones- llegamos a la parte superior, y al ver que se encontraba llena de espectadores, me dijo el General hiciera la advertencia a los allí congregados de que sólo tenía capacidad para cien personas y que como había cerca de quinientas corría peligro de quebrarse, siendo pues necesario comenzaran a desalojarla.

Pero era tal la avalancha humana, que mientras unos descendían de ella, otros la escalaban por diversas partes hasta que mejor renunció a seguir insistiendo. El objeto de tal disposición, como ya se habrá adivinado, era de contar con el espacio y la libertad suficientes para defendernos y también para que, habiendo menos personas sobre ella, fueran menos las víctimas del salvajismo con que se pretendía proceder.

Perdida la esperanza de lograrlo, el General Amaro se sentó precisamente en el principio de la escalera, mientras yo me colocaba a su espalda y los oficiales del Estado Mayor sobre los escalones, para evitar e impedir el paso de nuevos visitantes.

Como en la tribuna no había ninguna comisión encargada de recibir al Ministro y desde luego se advertía una marcada falta de organización que estaba desesperando al público, me dijo: mande -- decir al General Almada que ya estoy aquí y que pueden principiar las maniobras. El Capitán Porfirio Rojas fué el encargado de transmitir la orden, comenzando a poco los diversos números del programa sin que el General Almada ni alguno de sus ayudantes se presentara para atender al titular de la Secretaría de Guerra, temerosos quizá de que el astuto divisionario les estorbara la libertad de que tanto habían menester en aquellos momentos.

La noche había caído por completo sobre el inmenso campo -- iluminado por grandes reflectores instalados a lo largo de las tribunas. Aquella obscuridad sería la involuntaria encubridora del sangriento delito, y por eso tal vez, con toda premeditación, los conspiradores habían planeado las maniobras nocturnas, ya que las sombras, como amigas inseparables de todo delincuente, protegen el crimen y amparan la fuga.

A la mitad del programa, uno de aquellos reflectores, colocado inteligentemente por un grupo de soldados frente a la tribuna central, se enfocaba de cuando en cuando hacia ella como tratando de localizar el sitio exacto donde se encontraba el General Amaro, quien molesto por aquella insistencia, ordenó lo retiraran desde luego. Pero no por eso se cambió de lugar.

Aquella actitud nos hacía suponer que no tardarían en --- atacarnos, máxime cuando en esos mismos instantes, trepando por un lado de la Tribuna, llegaba el Coronel Rosas Flores preguntando -nervioso en extremo- si allí se encontraba el Ministro. Aquí está, le contesté yo saliéndole al encuentro para impedir que se acercara; venga usted a hablar con él, agregué, tratando de cogerlo por el brazo. Entonces rápidamente se deshizo de mí y en lugar de seguir adelante, retrocedió hasta el sitio por donde había subido echando a correr hasta perderse entre la curiosa muchedumbre.

Intenté perseguirlo, pero como la gente estorbaba todo movimiento y además, al hacerlo, abandonaba mi puesto, opté por permanecer en él dando cuenta al General de lo ocurrido. Redoblada la vigilancia, continuamos presenciando los ejercicios hasta llegar al número del bombardeo a una caseta levantada en el centro del campo. Este era el final del festejo y cinco los aviones encargados de cerrar con broche de oro, como generalmente se dice, aquellos espectaculares eventos.

En realidad el éxito alcanzado por ellos fué notable, pues en un instante los bravos pilotos de nuestra Fuerza Aérea dieron cuenta de aquel objetivo haciéndolo volar hecho pedazos, y como se decía que también la Aviación se iba a rebelar, el General Amaro me dijo que estuviera pendiente de cuando aterrizaran para -- cerciorarnos de que no se habían ido para otro lado.

Así pues, los estuve contando, pero como faltara uno de -- los cinco aparatos, llegamos a creer que su tardanza en aterrizar era debido a su complicidad en la rebelión. Sin embargo después de unos minutos volvimos a oír el zumbir de sus motores viéndolo descender hacia el campo.

La gente comenzó a retirarse, pero nosotros permanecimos -- en nuestro sitio hasta en tanto se hubo desalojado completamente la tribuna. Entonces volvimos al coche, nos instalamos en él, -- pero no pudimos salir del terreno a pesar de las precauciones tomadas de antemano, a causa de la enorme afluencia de vehículos -- que como el nuestro, a toda costa trataban de ganar la delantera.

-Ya ve usted como estos pobres diablos no llegan a ninguna parte? comentó el General acostándose tranquilamente en el piso del coche. Van a dar las once, agregó, tengo sueño y hay que descansar. De cualquier manera no hay que confiarnos mucho. Ordene que los oficiales del Estado Mayor sigan a las diversas corporaciones que tomaron parte en las maniobras hasta que lleguen a sus cuarteles o hasta donde vayan, rindiéndome parte después a mi casa. Aquí solamente quédese usted con el Oficial de Guardia.

Más de una hora estuvimos detenidos en aquel lugar, hasta que por fin, ya expedito el camino, emprendimos la marcha hacia -- el centro de la ciudad, durante ese tiempo nadie nos molestó para nada ni vimos nada extraordinario, llegando hasta a pensar que todo se había reducido a una simple alarma.

Lunes 27 de Septiembre de 1943.

LA REBELION SERRANO-GOMISTA.

Por el General IGNACIO A. RICHKARDAY.

QUINTA PARTE

¿Efectivamente dormía el Ministro o sólo había tomado -- aquella actitud para inspirarnos confianza? De todas maneras -- nosotros seguimos atentos a cualquier emergencia, vigilando cuidadosamente a todas las personas que se aglomeraban para ganar -- la carretera brincando hasta por las defensas de los coches para ganar tiempo. Pero, ya lo dijimos antes, nada extraordinario, -- pudimos observar durante aquella prolongada espera.

Por fin salimos rumbo a la ciudad y al pasar por la estación de San Lázaro, alcanzamos una fracción del Batallón que se encontraba en el cuartel de La Piedad que ya regresaba a su matriz. Al verla, ordené al chofer que se detuviera para interrogar al oficial que la comandaba, pues me extrañó que sólo ella -- regresara cuando debía hacerlo toda la corporación. Entonces el oficial me dijo que aquello se debía al hecho de encontrarse -- bloqueado el camino, razón que había obligado al grueso a dar -- una rodea por el rumbo de los angares mientras a él se le había ordenado se incorporara a su lugar de origen.

Continuamos hacia el centro y al llegar a la calle de la Moneda, subí a la Secretaría de Guerra para enterarme de las últimas novedades ocurridas en el país, no encontrando nada anormal. Seguimos hacia la Hormiga y al entrar al Bosque de Chapultepec, el General Amaro despertó preguntándome dónde estábamos. En el Bosque, le respondí, demos una vuelta por él, ordenó, para ver qué encontramos y después nos iremos a casa.

Completo silencio reinaba por doquiera. Sólo de vez en -- cuando las luces de los autos trasnochadores herían las sombras del bosque milenario. Y llegamos a su residencia. Se levantó; y antes de bajar me dijo: "como esto ya se acabó, retírese a su domicilio y mañana a las siete lo espero para montar a caballo como de costumbre, "Buenas noches".

El chofer dió vuelta al coche para emprender el regreso, pero al franquear la puerta que comunica con el Molino del Rey, ví al Coronel Hilario Marroquín, Comandante del 82 Regimiento -- escolta particular del Ministro- y a quien se había encomendado la vigilancia en Tacubaya y sus alrededores, que se acercaba seguido de varios soldados. Me detuve para preguntarle si había encontrado alguna novedad, y como me contestara que no, ya iba -- a reanudar mi marcha, cuando observé que el asistente del General venía corriendo, haciéndome señas para que me detuviera, -- porque su jefe quería hablarme.

Volví de nuevo hasta la casa encontrándome al General en

la puerta. -Ordene usted, -expresé, descendiendo del auto. "Hay -- que ir a Chapultepec inmediatamente, pues siempre se sublevaron - estos señores", afirmó. Mientras nosotros estábamos detenidos en Balbuena, ellos se retiraron rumbo a Texcoco seguidos por algunas corporaciones. Los oficiales del Estado Mayor encargados de se-- gurlos, pudieron comprobarlo así, y en el Castillo el Señor Presi-- dente y mi General Obregón están esperándome".

Obtenidos mayores datos por la vía telefónica mediante con-- ferencias sostenidas con diversas personas, pudimos saber que el - General Héctor Ignacio Almada, después de las maniobras, había em-- prendido la marcha, ya en son de rebeldía, rumbo a la cercana po-- blación de Texcoco donde se le unirían los demás sublevados, que - probablemente esa misma madrugada -pues ya era la una de la mañana atacarían la propia Capital de la República.

Preocupados por la suerte del Secretario de la Guerra, ya -- que tanto se hablaba en aquellos momentos de su asesinato durante - las famosas maniobras, los Generales Calles y Obregón habían estado telefonando a su casa con marcada insistencia; y como no parecía - por ningún lado a pesar de que los festejos terminaron poco antes - de las once de la noche, hubo un momento en que llegaron a creer -- la versión que ya se había propagado en el sentido de haber sido -- muerto junto con todos nosotros, en la tribuna central de Balbuena.

Abordamos otra vez el auto y mientras llegábamos al Castillo, me dijo: "-Desgraciadamente esto ya no tiene remedio, pero aún pode-- mos ahogar la rebelión en su propia cuna. Por los informes obteni-- dos hasta estos momentos, se desprende que ese movimiento carece -- de organización y de seriedad a juzgar por la forma en que se ha -- iniciado; y como no sabemos hasta donde pueda llegar ni con qué ele-- mentos cuente, ni quienes sean todos los comprometidos, se impone - la necesidad de dar un golpe de audacia, pero así, intempestivo, -- enérgico, ejemplar".

-¿Tiene usted alguna idea?- Interrogué.

-Y magnífica, definitiva, -me contestó.

-Soy todo oídos, señor.

-Mire: mientras yo hablo con el Señor Presidente y con mi -- General Obregón, usted regresa a la Hormiga, alista los veintiocho camiones REO que allí tenemos, instala en ellos a todo el personal del 82 Regimiento, les distribuye todas las ametralladoras que tene-- mos en la antigua casa de Hurtado así como 75 Thomson con sus dota-- ciones correspondientes, los alinea frente al Molino del Rey a más tardar dentro de media hora y en seguida nos vamos sobre la huella de los traidores.

-¡ Estupendo !

-Déjeme continuar. Cuando les demos alcance, hará aproxima-- damente tres horas que iniciaron la marcha y tal vez hasta se estén disponiendo a proporcionar un pequeño descanso dadas las fatigosas actividades desarrolladas durante el día. La noche está más negra que su traición y como su estado de ánimo no debe ser muy tranquilo que digamos, ¿Se imagina usted el tremendo efecto que les cause una sorpresa de tal naturaleza y el pavor que se apodere de todos al --

escuchar tan sólo el ruido infernal de cien ametralladoras juntas?

-Ya lo creo.

-Entonces vendrá la desbandada, el desastre no se hará esperar, y en unas cuantas horas habremos liquidado una situación que tal vez llegue a complicarse si no la atacamos al nacer. Yo conozco muy bien a todos los conspiradores y sé de lo que son capaces, pudiendo asegurarle que ninguno es capaz de sostenerse un momento ni de ir más lejos de Texcoco si los alcanzamos a tiempo.

-Sería un caso insólito en la Historia.

-Ya lo creo. Algo único.

-¿Y después, que tal nos veríamos de estatuas en el Paseo -- de la Reforma, disfrazados de héroes?

-Usted bromea hasta con la muerte, comentó lanzando una sonora carcajada en el preciso momento que llegábamos al Castillo de -- Chapultepec. Los generales Obregón y Calles esperaban en la terraza principal con su austera gravedad de caudillos a quienes los penosos acontecimientos de las últimas horas imprimían un sello de honda -- preocupación en sus semblantes, en franco contraste con nuestro estado de ánimo que a pesar de todo aún nos dejaba tiempo para bromear -- un poco.

22

"EL OCCIDENTAL" BIARIO
DE GUADALAJARA, JAL.

Martes 28 de septiembre de 1943.

LA REBELION SERRANO-GOMISTA.

Por el General IGNACIO A. RICHKARDAY.

(CONTINUA QUINTA PARTE)

Al ver que el General Amaro llegaba tan contento, se imaginaron que tal vez no se había enterado todavía de lo ocurrido, -- adelantándose a preguntarle en qué forma había logrado escapar -- de la trampa que le tenían preparada los secuaces de Gómez y Serrano. Hecha una breve explicación del caso, pasaron a una de las habitaciones interiores para conferenciar, mientras yo regresaba a -- cumplir las órdenes que se me habían dado.

Llamé al Coronel Marroquín; le comuniqué el proyecto ordenándole que llevara lo mejor de su gente, desperté a los choferes -- casi todos soldados del 82-- repartí las ametralladoras, el parque y -- una buena cantidad de granadas de mano, disponiéndolo todo tal como lo deseaba el valeroso y atrevido soldado Zacatecano.

Volví al Castillo. Por el camino iba pensando en lo extraordinario de la arriesgada empresa y en el prestigio que daría al Secretario de la Guerra, estimado ya por la nación entera, como la -- figura militar más importante de la época y el más fuerte sostén -- del Gobierno Constitucional de la República. Aquel gesto de audacia, oportuno y decisivo, si se realizaba como se había expuesto, sería -- un golpe tremendo en pleno corazón de los sublevados y convertiría -- automáticamente al General Amaro en un caudillo de enormes proporciones. Por lo demás la cosa era bien sencilla dadas las condiciones -- en que iban las tropas, pues la mayor parte de ellas, como se confirmó después, ni siquiera sabían de lo que se trataba y al verse atacadas conociendo la verdad, era casi seguro que se rindieran sin gran esfuerzo.

Llegué al Castillo encaminándome directamente hasta la habitación donde aún conferenciaban los tres personajes, para informarles que todo estaba listo y que aquella fuerza precursora de los modernos comandos, estaba dispuesta para iniciar la marcha en cuanto se -- le ordenara.

-Qué ordena usted a este respecto mi general, --dijo Don Joaquín dirigiéndose al Señor Presidente. Este consultó con la mirada oblicua y casi imperceptible de sus ojillos al general Obregón sentado frente a él. En la misma forma, es decir, por el mismo procedimiento, el Divisionario de Huatabampo respondió en forma negativa -- frunciendo el ceño y moviendo ligeramente la cabeza. Entonces el General Calles se arrellanó en su asiento, carraspeó un poco y tras de reflexionar un instante, manifestó que era muy peligroso exponerse -- con aquella aventura porque si desgraciadamente perecía en ella el -- Secretario de Guerra era tanto como darle prestigio a la rebelión y ensoberbecer a los sublevados.

-Bien, señor,- me aventuré a expresar yo, terciando en la conversación-. Tiene usted razón; pero ya que no es conveniente que el propio Secretario de la Guerra se exponga en esta forma, concédaseme el honor de ser yo quien se encargue de realizar esta hazaña tomando en cuenta que si sucumbo en ella, la vida de un obscuro coronel como yo no significará nada para la nación ni para el Ejército.

-Tampoco es conveniente, -interrumpió de pronto levantando se de su asiento. Es una acción temeraria y no debemos exponer nuestras fuerzas en esta forma. conviene mejor esperar.

Conocido el criterio presidencial, el General Amaro me ordenó fuera a retirar la tropa y a dejar las cosas como estaban, -pasando después a informar sobre los últimos acontecimientos al General Miguel Piña, Sub-Secretario de Guerra, que se encontraba enfermo en su domicilio ubicado en la Colonia del Valle, y también a llamar al General Heliodoro Charis para encomendarle el --mando de una de las corporaciones encargadas de perseguir a los rebeldes.

Cuando regresé -hora y media después- ya la residencia oficial del Primer Mandatario se encontraba repleta de militares y políticos que habían ido a protestar su adhesión y lealtad al --gobierno. Todos trataban de adquirir noticias, formaban planes, hacían observaciones y comentaban en diversas formas la noticia --más reciente y exacta que acababa de llevar el Capitán Raúl de --Alva, Comandante de una batería del Regimiento comandado por Rodríguez Malpica, que burlando la vigilancia de los rebeldes y --aprovechándose de su desorganización, había emprendido el regreso a México quitando el cierre a uno de los cañones.

Este joven oficial, seguido del Capitán de Artillería Cristóbal Guzmán Cárdenas, al darse cuenta de que su regimiento tomaba un rumbo completamente opuesto al que debía seguir para incorporarse a su cuartel de Tacubaya, preguntó la causa, enterándose con enorme sorpresa de que iban sublevados.

Lunes 4 de Octubre de 1943.

LA REBELION SERRANO-GOMISTA.

Por el General IGNACIO A. RICHKARDAY.

SEXTA PARTE

Ante un compacto grupo de personajes encabezado por los Generales Calles y Obregón, aquellos dos audaces oficiales - referían su hazaña de esta manera: -Cuando fueron al campo de Balbuena con su regimiento para tomar parte en las maniobras, ignoraban por completo cuanto iba a suceder; pues a ellos por lo menos, jamás les habló nadie de sublevaciones. Sin embargo, no por eso dejaron de advertir muchas cosas extrañas en la conducta de los principales jefes del grupo, señalados desde tiempo atrás como simpatizadores de la causa Serrano-Gomista, pero sin atreverse siquiera a comentarla en ninguna forma, temerosos de las consecuencias que ello pudiera traer.

Como el General Carlos Rodríguez Malpica se encontraba enfermo el día de los acontecimientos, el segundo jefe del 2o. Regimiento de Artillería ordenó que desde temprano se -- tuvieran listas las baterías, cosa que los subalternos realizaron sin dificultad poco antes del mediodía; y como a las cuatro de la tarde viera que el Comandante en jefe no podía ir al frente de su corporación debido al mal estado de su salud, (?) ordenó la salida a Balbuena, llamándoles la atención que se llevara todo el parque de que se disponía, cuando para el caso hubiera bastado con una sencilla dotación -- sin necesidad de vaciar el depósito.

Ya en el campo, se les designó el lugar que deberían ocupar durante el ejercicio previa advertencia de que no podrían retirarse de allí hasta no recibir órdenes.

Obedecieron. Y al terminar los festejos, un ayudante del General Almada se presentó a indicarles que emprendieran la marcha rumbo a los angares porque como estaba la carretera completamente obstruida por el público que había concurrido a las maniobras y por los numerosísimos carruajes que lo habían conducido, era necesario dar un rodeo por aquellos sitios a fin de que, sin más demora, las tropas regresaran a -- descansar a sus cuarteles.

Encontrando lógica la explicación, verificaron el movimiento en la forma que se ordenaba, pero al llegar a los angares y ver que la columna integrada por todas las corporaciones que habían tomado parte en el programa seguía por la carretera de Puebla y luego cortaba hacia Texcoco, comenzaron a inquietarse, pues les parecía muy extraño aquel prolongado rodeo cuando bien pudieron haberlo hecho por una ruta más corta. Trataron de preguntar pero ninguno de los oficiales sabía nada; y los únicos que podían sacarlos de la duda-

eran los propios jefes de la rebelión que iban a la cabeza - de la enorme columna. Por fin, después de unas dos horas de marcha hicieron un gran alto durante el que, valiéndose de - diversos medios, pudieron escurrirse hasta donde Almada y so - cios se encontraban discutiendo ya en forma pública, sus pro - yectos de rebeldes.

Enorme sorpresa les causó semejante descubrimiento; y - sin pretender ahondar más en el asunto, regresaron a su bate - ría, descompusieron el primer cañón que encontraron fácil, - pidieron permiso de ausentarse un poquillo para satisfacer - una necesidad fisiológica y antes de que sus compañeros nota - ran su ausencia, pusieron pies en polvorosa hasta llegar a - la carretera de Puebla, que no hacía mucho tiempo de jaran, - para tomar el primer vehículo que los condujera a la ciudad.

Con su vehemencia característica, el Capitán Raul de Al - ba, personaje central de esta aventura, explicaba detallada - mente cuanto había ocurrido después de las maniobras, sin ol - vidarse de referir el desconcierto y la insertidumbre que se - apoderara de aquellas tropas en su mayoría engañadas por los - jefes que las comandaban para llevarlas al matadero como sim - ple rebaño.

En estas circunstancias, fácil es comprender el enorme - efecto que hubiera causado el audaz proyecto del General Ama - ro, en aquellos momentos era oportuno realizarlo, pero quizá - porque efectivamente fuera sincero el temor de exponerlo en - aquella aventura o bien porque no se quisiera darle mayor -- prestigio del que ya tenía, no se permitió llevarlo a cabo, - optando mejor por esperar a que las cosas terminaran de acia - rarse para formular entonces un plan definitivo.

Desechado, pues, aquel magnífico proyecto, sólo se pen - só en la defensa de la capital y en la persecución de los re - beldes, debidamente organizada mediante una poderosa columna - que hasta varios días después salió a batirlos bajo el mando - del General José Gonzalo Escobar. Por lo pronto era urgente - disponer de las tropas plenamente identificadas como leales; - y como el primer Regimiento de Artillería era un cuerpo de - absoluta confianza, se mandó llamar inmediatamente a su jefe - el Coronel Nazario Medina.

Poco tiempo después se presentó refiriendo este caso sin - gular: Fiel a su costumbre de convivir con sus soldados para - estar atento a las necesidades de su corporación, había insta - lado su dormitorio en una habitación contigua a la Comandan - cia donde se encontraba durmiendo la noche de los acontecimien - tos que motivan estas páginas. Como a la una de la madrugada - se presentó intempestivamente en su cuartel el General Juan - Felipe Rico, acompañado de cinco oficiales de la Guarnición - de la Plaza, quienes, con las pistolas desenfundadas, penetra - ron hasta su cuarto ordenándole imperativos "Medina levántese".

Despertó. Encendió la luz y al ver la actitud amenazado - ra de los inesperados visitantes, esperó el resultado de tan - extraña visita. Entonces el General Rico que era el Jefe de -

la Sección de Guarnición de la Guarnición de la Plaza de México, le interrogó de esta manera:

-Coronel Medina, se acaba de levantar toda la Guarnición y necesito que categóricamente me diga a qué partido político pertenece.

-Soy soldado de la República. No pertenezco a ningún -- partido político.

-¿Se sostendrá usted en su dicho suceda lo que suceda? -- porque debo advertirle que el Señor Presidente y el Sr. Gral. -- Obregón acaban de morir y el General Amaro está prisionero.

-Estoy con el Supremo Gobierno suceda lo que suceda.

Sin hablar una palabra más abandonaron el cuartel, pero ni entonces ni más tarde se ha podido saber la causa que motivara esta actitud, puesto que, como ya se dijo antes, el Coronel Medina estaba considerado como uno de los militares más -- adictos al Gobierno y como uno de los comandantes de regimiento a quienes los conspiradores veían con mayor recelo, siendo pues inútil que se le interrogara de aquel modo cuando bien -- definida estaba su actitud desde hacía tiempo.

Y tan era así, que cuando se comenzaba a preparar y ensayar en Balbuena el simulacro de guerra ordenado por la Guarnición, sólo una vez se le ordenó que se presentara con una batería para participar en dichos ejercicios sin que jamás se -- le volviera a llamar tal vez porque su presencia significaba un estorbo para sus planes, o bien a causa de las observaciones que en esa ocasión hiciera sobre la ineficacia de cierto ejercicio que se pretendía poner en práctica desde un aparato de la Fuerza Aérea para observar y dirigir con signos convencionales los fuegos de la Artillería sobre una zona determinada. Lo cierto es que desde entonces ya no quisieron tomarlo en cuenta.

Pues bien; después que el señor Presidente escuchó la información que arriba se detalla, le preguntó si podría sostenerse en su cuartel en caso de ser atacado y mientras se conocía la situación militar en toda la República, a lo que contestó en forma afirmativa puesto que disponía de 200 hombres con una dotación de 300 cartuchos cada uno y tenía en depósito además 250.00

Inmediatamente después de recibir órdenes, se regresó a su cuartel de Santiago Tlaltelolco para preparar la defensa -- pero nada notable sucedió ni en ese lugar ni en ninguno de -- los otros que se suponía podían ser atacados, de tal manera -- que cuando ya en pleno día comenzaron a llegar noticias exactas acerca de la verdadera situación del enemigo, la inquietud de los primeros momentos desapareció como por encanto, máxime que los partes de novedades recibidos de todo el país -- eran en extremo satisfactorios a excepción de los del rumbo -- por donde se había marchado el General Arnulfo R. Gómez, y -- los de Cuernavaca que denunciaban la presencia del General -- Francisco R. Serrano en una hacienda cercana a donde se decía había ido con objeto de pasar el día de su onomástico acompañado de varios amigos.

Esta última noticia causó enorme sorpresa en todos los visitantes del Castillo- a esa hora en plena efervescencia de comentarios y opiniones- porque ninguno se imaginaba que el candidato a la presidencia pudiera haber escogido un sitio -- tan cercano a la capital. Y como sucede siempre, no faltaron los "sábelo-todo" que diciéndose bien enterados afirmaban que aquella excursión, día de campo o como quiera llamársele, era sólo un pretexto para esperar que en México estallara el cohete en la forma planeada y entrar después con toda tranquilidad a ocupar el Palacio Nacional puesto que ya ni el Presidente Calles, ni el General Obregón, ni el General Amaro estarían vivos para impedirlo.

Haya sido o no esta la intención del General Serrano y sus acompañantes, lo cierto fué que todas las apariencias lo condenaban y como la rebelión se había iniciado bajo su nombre y el de su compañero Gómez, se ordenó que inmediatamente se le aprehendiera con todas las personas de su séquito. Y cuando se informó al General Obregón sobre el paradero de sus dos contrincantes, respondió secamente: "que los fusilen donde quiera que se les encuentre".

Desde aquel instante, nadie daba un comino por la vida de aquellos personajes, pues de hecho se había firmado ya su sentencia de muerte.

Inusitado revuelo armó esta tremenda noticia. Todos querían saber la verdad, algunos pensaban ir inmediatamente a Cuernavaca, otros se ofrecieron a ir a combatirlo; y no faltó quien a impulsos de sincera amistad y compañerismo se atreviera a implorar -inútilmente- piedad para el amigo.

Y por la vía más rápida se ordenó que el General Enrique Díaz, Comandante del 57 Batallón, se encargara de ponerlos a buen recaudo, cosa que sin ninguna dificultad verificó pocas horas después de haber recibido instrucciones al respecto.

El primer capítulo sangriento de ésta horrenda catástrofe que muestra todo el pavor de nuestras luchas intestinas, no tardaría en rubricarse con el inútil sacrificio de aquellos hombres, señalados por el destino, con trágico índice, como primeras víctimas de la dolorosa jornada.

Nunca como entonces vibraron con mayor insistencia los hilos telegráficos a Cuernavaca, ni jamás hasta hoy, ha vivido ese pueblo instantes tan penosos. Todos deseaban trasladarse a él, en estúpido afán de morbosa curiosidad, para ver a los prisioneros y contemplar su agonía. Todos, en fin, estaban pendientes de su llegada a la vieja ciudad de los jardines, donde los espectros de Borda y Maximiliano huían avergonzados de semejante infamia.

Y llegó la hora esperada con inhumano anhelo. Ya estaban los reos en el Cuartel General rodeados de fuertes escoltas.-- Ya Serrano se encontraba asegurado a pesar de todas sus protestas de inocencia. Ya había ofrecido al General Díaz González un chek en blanco porque le dejara en libertad. No tardaría pues en llegar el final del primer acto de aquella espeluznante tragedia.

Lunes 11 de Octubre de 1943.

LA REBELION SERRANO-GOMISTA.

Por el General IGNACIO A. RICHKARDAY.

SEPTIMA PARTE

Plenamente confirmada ya la noticia relativa a la aprehensión del General Serrano y personas que lo acompañaban, sólo se pensó en ejecutarlos para sentar un precedente que sirviera de escarmiento a los demás rebeldes cuya moral habría de quebrantarse enormemente en cuanto se dieran cuenta del fusilamiento de su principal caudillo.

Es cierto que la actitud en que se encontrara el Gral. Díaz a los prisioneros cuando fué por ellos a la hacienda donde se disponían a esperar el onomástico de Serrano según dijeron, era de lo más pacífico que puede imaginarse, pues fuera de la natural algarabía producida por las constantes liberaciones, no se vió nada de extraordinario, ni se encontró arma o documento alguno que comprometiera a tan inofensivos ciudadanos. Sin embargo, se comprobó después que todo aquello no era más que un truco para despistar a la Presidencia y poder entrar más tarde a la capital sin dificultad alguna; pero debemos confesarlo con toda honradez; la mayor parte de aquellos hombres no sabía las intenciones de Serrano por lo menos para esa ocasión y si lo acompañaron en su viaje final fué porque de verdad creyeron se trataba de festejarlo. Claro que todos conocían el proyecto de rebelión, que todos sabían que muy pronto iba a haber un levantamiento en México porque para nadie era un secreto, pero lo que ignoraban eran los detalles, la forma en que iban a desarrollarse los acontecimientos y también, la forma en que serían descubiertos.

Por eso casi todos estaban desarmados y absolutamente tranquilos puesto que jamás se imaginaron lo que iba a sucederles tan pronto. Muchos de ellos quizá hasta estuvieron resueltos a seguir a su jefe en su trágica aventura para significarle su adhesión y hacer méritos para el futuro, pero en aquellos precisos momentos ni siquiera habían pensado en la sublevación de que tanto se hablaba en todos los círculos sociales.

De todas maneras no por ese hecho eran menos culpables puesto que de cualquier modo estaban dispuestos a secundar la rebelión más temprano o más tarde, y aún cuando aparentemente su conducta era inofensiva, en el fondo de su corazón no sucedía igual cosa ya que, desafectos como eran al régimen, hubieran aprovechado la primera oportunidad para atacarlo en cualquier forma y por todos los medios a su alcance. ¿Quién puede atreverse a asegurar que ellos, en igualdad de circunstancias, no hubieran procedido en idéntica forma dada la tremenda exaltación en que se encontraban los ánimos?

Nada tiene de extraño, pues, que se les castigara con la pena capital porque su delito aquí y en cualquier parte del mundo, ayer hoy y mañana, será castigado siempre en esa forma, a pesar de las románticas protestas de los ilusos que aún creen en el convencimiento y la bondad para controlar un pueblo insubordinado y estulto. Lo malo fué la forma, la estúpida actitud de los esbirros ejecutores de la consigna, el salvajismo con que se procedió, la crueldad con que se apagó aquellas vidas y el escándalo que se hizo de una masacre que entonces los verdugos pregonaban orgullosos a los cuatro vientos, satisfechos de su infamia, pero que ahora niegan olvidándose de que aún quedamos muchos testigos de aquel horrible drama.

Si se hubiera formado un consejo de guerra sumarisimo, rodeado de las formalidades de ritual aunque fuera para cubrir las apariencias como se hizo en el caso del General Palomera López, la cosa hubiera resultado mejor y sin esa enorme serie de comentarios a cual más diversos, que posteriormente se han hecho, con inusitada pasión acerca de un caso que viéndolo bien, no tiene de extraño en nuestro mexicanismo ambiente más que el procedimiento, porque fuera de ese sistema hoy tan de moda ya para liquidar a los judíos, a los prisioneros y a los purgados por el terrible Sr. Stalin, no es nada anormal que se pague con la vida una peligrosa intentona de tal naturaleza.

Además, cuando un grupo o facción determinada se subleva en contra de un gobierno, cualquiera que sea, lo hace empleando la fuerza, derramando sangre a torrentes, destruyendo, matando; y nunca hasta hoy se ha dado el caso de que esas trágicas situaciones hayan sido resueltas de otro modo. Y si no fuese así, ¿por qué entonces los Serrano Comistas pretendían asesinar de una manera cobarde y alevosa al Presidente de la República y a los Generales Obregón y Amaro? Si tal hecho se hubiera realizado, lo estarían juzgando hoy los políticos interesados en resucitar esta tragedia con la misma dureza en pleada para condenar a quienes ejecutaron a Serrano?

Es muy difícil saberlo. Pero lo que está fuera de toda duda son dos cosas: una, que el General Serrano y algunos de sus acompañantes eran culpables del delito de rebelión. Y otra, que el escándalo provocado años después en derredor de este asunto, fué impulsado por ciertos políticos cuyos nombres no vienen al caso mencionar, para nulificar al General Amaro en la campaña presidencial que se estaba desarrollando.

Pero volvamos a coger el hilo de nuestra verificada narración tomando en cuenta que, el grado de responsabilidad que corresponde a cada uno de los diferentes protagonistas de este desventurado suceso, más que a los tribunales, compete a la Historia fijarlo; y será su juicio imparcial y severo el que presente a la posteridad estos acontecimientos desnudos de rencores, libres de odios partidaristas o resentimientos políticos.

Como las circunstancias exigían obrar con rapidez para ganar terreno al enemigo, en cuanto se supo que los prisioneros estaban bien asegurados en la Jefatura de Operaciones de Cuernavaca, se mandó llamar al General Fox para que, acompañado de una fuerte escolta del 1/er. Regimiento de Artillería fuera a-

recibirlos conduciéndolos después a la capital.

El Regimiento en cuestión, ese día -3 de octubre de 1927- se encontraba pasando su acostumbrada revista de administración en su cuartel ante la presencia del General Aguirre Colorado que fungía como interventor, cuando se presentó un ayudante de la Secretaría de Guerra a comunicar a su Jefe que por orden superior debía mandar inmediatamente una escolta de 50 hombres a bordo de automóviles de alquiler hasta la parada del Country-Club por la Calzada de Churubusco y que él se trasladara luego al Castillo de Chapultepec para recibir órdenes.

Nombrado aquel servicio, el Coronel Medina se fué luego a donde se le indicaba; y al llegar al Castillo, en la misma terraza encontró al General Amaro, diciéndole: "la escolta que se ordenó ya salió para Churubusco". "Muy bien - contestó el Ministro- póngase usted a las órdenes del General Fox, para el desempeño de una comisión del servicio".

Pero, ¿en dónde estaba Fox? Allí mismo, en aquella enorme terraza, dando acomodo en varios coches al personal de oficiales que iban a acompañarlo y al Coronel Hilario Marroquín -- Jefe del 82 Regimiento. Medina se acercó a él comunicándole la orden del Secretario de Guerra. "Váyase al Country Club y allí espere órdenes", repuso el aludido.

Mientras esto sucedía, en las afueras del histórico Castillo, en la recámara de la Emperatriz Carlota, convertida en improvisado salón de acuerdos, se deliberaba sobre la suerte de aquellos infelices a quienes la fatalidad había hecho caer prisioneros. El General Obregón llevaba la voz de la acusación, el Presidente Calles, sumido en quien sabe que extrañas reflexiones, apenas si de vez en cuando expresaba alguna opinión, concretándose a escuchar al Heroe de Celaya, en tanto que el Gral. Amaro, indiferente e incommovible, seguía el curso de los acontecimientos dispuesto a obedecer cuanto se le ordenara.

¿Para qué traerlos a México -se dijo- si de todos modos se ha de acabar con ellos? Es preferible ejecutarlos en el camino. Y llegó la orden fatídica para el General Fox, concebida en estos términos: "CASTILLO DE CHAPULTEPEC, 3 DE OCTUBRE DE 1927. SIRVASE MARCHAR INMEDIATAMENTE A CUERNAVACA ACOMPAÑADO DE UNA ESCOLTA DE 50 HOMBRES DEL PRIMER REGIMIENTO DE ARTILLERIA, PARA RECIBIR DEL GENERAL ENRIQUE DIAZ GONZALEZ, JEFE DEL 57 BATAILLON, A LOS REBELDES FRANCISCO R. SERRANO Y PERSONAS QUE LO ACOMPAÑAN, QUIENES DEBERAN SER PASADOS POR LAS ARMAS SOBRE EL PROPIO CAMINO A ESTA CAPITAL POR EL DELITO DE REBELION CONTRA EL GOBIERNO INSTITUCIONAL DE LA REPUBLICA; EN LA INTELIGENCIA DE QUE DEBERA RENDIR EL PARTE RESPECTIVO TAN PRONTO COMO SE HAYA CUMPLIDO LA PRESENTE ORDEN, DIRECTAMENTE AL SUSCRITO. EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA. PLUTARCO ELIAS CALLES "

Fox leyó la sentencia de muerte sin inmutarse. La guardó en la bolsa de su guerrera y tras del consabido "no tiene usted algo más que ordenar", se retiró con su comitiva para incorporarse a la escolta que ya lo estaba esperando en el Coun-

try Club. Al llegar allí y sin bajarse del auto en que viajaba, ordenó al Coronel Medina que lo siguiera con los 50 hombres constituyéndose desde ese momento en el jefe de la pequeña columna tanto por habérselo ordenado una autoridad superior, cuanto por expresarlo claramente la Ordenanza General del Ejército en la parte respectiva que a la letra dice: "El Mandato Militar es único e indivisible, y es el de mayor graduación en cualquier caso el Comandante en una fuerza y el único responsable de los actos de ésta".

Así siguieron hasta varios kilómetros antes de llegar a Cuernavaca. Fox ordenó hacer alto y que todo el personal bajara de los coches. El objeto era esperar a los reos, pues al final se optó mejor por recibirlos en el camino para evitar que el pueblo de Cuernavaca se diera cuenta de la manobra. Todos obedecieron instalándose luego a la vera del camino en espera de nuevas órdenes.

No había pasado media hora cuando se vió que por el rumbo opuesto se acercaba una pequeña columna de automóviles. Hizo alto a la altura donde se encontraba la fuerza. De uno de ellos bajó el General Díaz, saludó al General Fox, habló con él unos breves instantes, ordenó que descendieran los pasajeros y se marchó veloz hacia Cuernavaca, como si no quisiera presenciar la catástrofe que se avecinaba.

El primero en abandonar el vehículo fué el General Serrano. Demacrado por el insomnio y apretando los dientes en un gesto de coraje y dolor, al ver a Fox le dijo sorprendido de encontrarlo en aquel sitio cumpliendo tan penosa misión: "¿Pero, eres tú, Claudio? ¡Parece mentira !

-Que quieres, hermano, las órdenes son órdenes y hay que cumplirlas,- respondió el interpelado con amargura, al mismo tiempo que ordenaba al Coronel Marroquín distribuyera en los coches a los prisioneros con sus correspondientes escoltas, ya instalados en ellos, se reanudó la marcha, pero esta vez hacia México, hacia la eternidad, hacia la muerte.

A la retaguardia de la columna quedaban algunos coches vacíos. El Coronel Medina, a quien no se había dado ninguna comisión en aquellos momentos, abordó uno de ellos, el último, completamente solo, como queriendo alejarse de aquella visión de pesadilla.

32

"EL OCCIDENTAL" DIARIO
DE GUADALAJARA, JAL.

Lunes 18 de Octubre de 1943.

LA REBELION SERRANO-GOMISTA.

Por el General IGNACIO A. RICHKARDAY.

ULTIMA PARTE

Huitzilac, el sitio trágico donde habría de epillogarse en forma espantosa la descabellada aventura Serrano-Gomista, se extendía allí, sobre las frías montañas del camino, como un olvidado cementerio que estuviera esperando desde hacía mucho tiempo, la fúnebre visita de un cortejo luctuoso.

Su blanco caserío sombreado por los altos pinares de la sierra mecidos blandamente por el viento de aquella tarde triste, semejava a lo lejos, un conjunto de tumbas levantadas por la piadosa mano de atribuladas gentes que regaran con llanto las flores del recuerdo que como única nota de vida crecían lozanas bajo las cruces pálidas.

Todo era soledad, silencio y calma.

¡Alto! , Ordenó el Jefe de la lúgubre comitiva. Los choferes frenaron sus motores con precisión de autómatas, hondamente impresionados por el penoso silencio que nadie se atrevía a violar temeroso de interrumpir las hondas reflexiones de los reos pensativos y adustos.

Oficiales y tropa descendieron también, solicitando órdenes. Marroquín se acerca a Fox. Habla un instante con él y en seguida entrega a un oficial unas monedas para que vaya al pueblo a comprar unas cuerdas. Regresa con ellas ya partidas en pequeños tramos y sin más explicación se procede a atar las manos de los prisioneros por la espalda.

Protestan, se resisten, gritan, imploran, pero todo es inútil. Los soldados los amenazan con la boca de sus fusiles para hacerlos callar.

-¿Qué pasa aquí?- Interroga Serrano tratando de rechazar al oficial que se acercaba.- Esto es un atropello, una tremenda infamia. Como respuesta recibe un pistoletazo en la cabeza que le obliga a enmudecer, haciendo una mueca de dolor y de rabia.

Nuevamente se reanuda la marcha. Esta vez más lenta --- como si se tratara de un cortejo fúnebre; y al llegar a una hondonada semioculta por los altos pinares, otra vez se detienen los vehículos. Fox abandona el suyo, ordena que todos hagan lo mismo, y desde allí hace una seña a Marroquín y al Capitán Mercado para que dé principio la matanza.

Estos separan a los reos de las escoltas, los agrupan - al centro del terreno escogido, hacen funcionar los cerrojos de sus thompson, y, al escuchar el macabro chirriar de las - armas mortíferas, los prisioneros, en el paroxismo del te- - rror, imploran y maldicen tratando de huir para salvarse a - pesar de sus manos atadas y sangrantes. Vano empeño. Una - lluvia de balas les tendió por el suelo en cuanto dieron los primeros pasos.

Algunos ya heridos, pero alentados por un supremo anhe- lo de vivir, corrían o se arrastraban hasta los árboles, los dejaban llegar para luego flanquearlos acribillándolos a ti- ros. Fué aquella una escena de horrendos perfiles, que difi- cilmente puede tener paralelo en nuestras sangrientas luchas intestinas. Algo insólito, pavoroso, que horrorizó al mismo Fox hasta el punto de huir de aquel trágico sitio en cuanto- comenzaron los disparos.

Como perseguido por la mirada acusadora de los sacrifi- cados, corría en su coche rumbo a México, taciturno y som- - brío, acosado tal vez por el remordimiento que trataba de a- tenuar con la tajante rigidez del Artículo 535 de las seve- - ras Leyes Militares impreso en la Ordenanza en éstos térmi- - nos: "Ningún militar, en campaña, podrá alegar ni decir que- le toca o no le toca lugar determinado en que se empleare o- tro militar. El General en Jefe es quien, sin sujetarse ni- ceñir su elección a turno ni formalidades, empleará a sus su- bordinados en los puestos y destinos más convenientes para - el servicio. Igual derecho tendrá todo General, así como el que mande un Batallón o Regimiento, respecto de sus inferio- res. Se prohíbe que persona alguna o cuerpo pida explicacio- nes en este asunto, haga representación o manifieste agravio!"

Sin embargo, él no se conformaba, seguramente, quizá, - por tratarse en este caso de un amigo querido a quien no hu- biera podido ayudar en otra forma que sacrificarlo de modo - menos cruel. Pero... ya los hechos estaban consumados y la- Historia se encargaría de juzgarlos para fijar responsabili- dades.

De pronto se detiene como a tres kilómetros del lugar - de la tragedia.

Un coche se encuentra parado a la orilla del camino. E- ra el del Coronel Nazario Medina, que había pasado sin dete- nerse por el sitio sangriento para no presenciar aquellas e-jecuciones ordenadas exclusivamente por el Coronel Hilario - Marroquín.

"No tuve tiempo de informarle, pero mire". Y le alar- gó la fatídica orden que todo lo explicaba.

"Ahora vámonos a México" continuó, pero en esos momen- - tos dos coches más llegaron. Uno procedente de Huitzilac -- con Marroquín a bordo, que venía a dar parte de que las órde- nes recibidas habían sido cumplidas; y otro que venía de la- Metrópoli en que viajaban Carlos Riva Palacio y el Capitán -

Agustín Castrejón con algunos políticos para saber el resultado de la penosa comisión.

Todos regresaron a México directamente al Castillo. Fox se encaminó donde el Presidente, rindió parte circunstanciada y en un alarde de descreción sacó de su bolsillo la orden fatal, la mostró al ceñudo Mandatario y la rompió en su presencia. Pero.... nada hay oculto bajo el sol.....

La noticia causó tremenda impresión porque como quiera que sea, el General Serrano tenía muchos amigos, y rebelde o culpable, no por eso dejábamos de sentirlo cuantos supimos estimarlo. Puede afirmarse, sin temor de exagerar, que, de todos los que cayeron en aquella asonada, fué el único cuya muerte se lamentó de veras, porque los otros, a pesar de su valor como Rueda Quijano, no despertaron más que un interés-pasajero hijo de la dramática actitud de sus últimos instantes.

Cerrando aquel primer capítulo de la rebelión, no quedaba otra cosa que hacer, más que ir por los cadáveres que yacían destrozados y yertos, sobre la tierra húmeda de la helada montaña. Varias ambulancias del Hospital Militar se destinaron para este objeto y ya entrada la noche regresaron -- con los sangrientos despojos que fueron colocados sobre las frías lozas del anfiteatro para someterlos a esa inútil profanación que se llama autopsia.

Y mientras se daba piadosa sepultura a las primeras víctimas de aquel desastre, en medio de la expectación general, allá en Chapultepec se organizaban las columnas que habrían de aniquilar el movimiento sedicioso poco tiempo después, -- hasta culminar con el fusilamiento del General Arnulfo R. Gómez en circunstancias que ya todos conocen.

Los demás detalles de esta breve campaña, toca referirlos a aquellos que los presenciaron. Yo sólo me concreto a entregar a la posteridad estas páginas impregnadas de verdad y doloroso realismo, para que sea la Historia, desapasionada e imparcial en la severidad de sus fallos, la que juzgue estos hechos y coloque a los hombres que en ellos intervinieron en el lugar que realmente les corresponde.

FAPDECF